

Pero otra guerra, encendida ya por este tiempo en otra zona de nuestra Península, y que se desarrollaba y crecía al abrigo de las turbulencias de Cataluña, está llamando ya nuestra atención, y fuerza nos es hacer alto en la narración de estos sucesos para dar cuenta de lo que estaba pasando en otra parte.

CAPÍTULO VII

Rebelión y emancipación de Portugal

1640

Cómo se fué preparando la insurrección de Portugal.—Odio del pueblo portugués á los castellanos, aumentado desde que perdió su independencia.—Poco tino de los reyes de Castilla en el gobierno de aquel reino.—Opresión en que le tenían.—Carácter del pueblo portugués.—Su disgusto contra los ministros Olivares, Suarez y Vasconcellos.—Primer levantamiento en los Algarbes.—Es sofocado.—Crece con esto la audacia del conde-duque y la indignación de los portugueses.—Conjuración para libertarse del yugo de Castilla.—Tratan de proclamar al duque de Braganza.—Carácter de este príncipe y de su esposa.—Desacertadas medidas del gobierno español.—Sérvese de ellas el de Braganza para disponer mejor su empresa.—Cómo engañó al de Olivares.—Reunión y acuerdo de los conjurados portugueses.—Decide la duquesa de Braganza á su marido á aceptar la corona que le ofrecían.—Estalla la conjuración en Lisboa.—Asesinato de Vasconcellos.—Arresto de la reina.—Rendición de la ciudadela y de los castillos.—El de Braganza es proclamado rey de Portugal con el nombre de don Juan IV.—Juramento del nuevo rey.—Sensación que causa esta noticia en Madrid.—Acósesse al de Olivares.—Cómo dijo este la nueva al rey, y respuesta de Felipe.—Hondo disgusto del pueblo.—Procura el de Olivares no perder su privanza.—Comunica la noticia al general del ejército de Cataluña, y le previene que la oculte.—Queda otra vez rota la unidad de la península ibérica.

Coincidió con la entrada del marqués de los Velez y del ejército real en Cataluña otra novedad todavía mas grave,

breument assenyaladas. Protecció manifestada dels Sants Auxiliars.—Proclamació y noticia, ab altres papers y relacions resumidas.—Violencias de las armadas tropas castellananas. Prosperitades de las armadas francesas y catalanas, por lo doctor Joseph Zarroca:—*La catalana veritat, contra la emulacion. Cataluña electora segun derecho y justicia*, etc., por el muy reverendo licenciado fray Francisco Fornes, del orden de San Francisco:—*Noticia universal de Cataluña. En amor, servicios y finezas admirable. En agravios, opresiones y desprecios sufrida. En constituciones, privilegios y libertades valerosa. En alteraciones, movimientos y debates disculpada. En defensas, repulsas y evasiones escogida. En Dios, razon y armas prevenida, y siempre en su fidelidad constante,* por el B. D. V. Y. M. etc.

Tambien se compuso *La famosa comedia de la entrada del Marqués de los Velez en Cataluña*, etc. Hablan en ella las personas siguientes: *El diputado Claris.—Tamarit, diputado militar.—Santa Eulalia.—Baron de Rocafort.—Don Joseph Margarit.—Don Carlos Altarriba.—Doblon, lacayo.—Dos ésnules de Cambrils.—Marqués de los Velez.—El conseller Rossell.—Monsieur d'Espenan.—Cabañes y Casellas, capitanes.—Monsieur d'Aviniá.—Unos Almugávares.—Dos soldados castellanos.—Sargento Topolotas.—Marqués de Torrecusa.—Duque de San Jorge.—Doña Leonor, dama.—Aminta, criada.*

Del espíritu en que está escrita esta comedia dan suficiente idea las dos primeras estrofas de la primera escena. El marqués de los Velez es el que habla:

Calle el sonoro parche, y haced alto, soldados fuertes, gloria de Castilla, pues con vuestro valor, que aquí no exalto, ya su arrogancia Cataluña humilla: entrad, robad, dad saco, que al asalto de Barcelona sola la cuchilla y el fuego abrasador vengará agravios, callar y obrar es de valientes sabios.

Postrada veis á la Tortosa fuerte, y arrepentida del pasado yerro, ¿mas qué importa! Callad, porque la muerte á qual he de intimar, y á qual destierro: quien delinquiere por su mala suerte (¡oh cuánto horror en este pecho encierro!) contra mí rey, no ha de buscar clemencia, que de muerte le firmo la sentencia.

Hemos visto tambien otro impreso de aquel tiempo titulado: *Secretos públicos, piedra de toque de las intenciones del enemigo, y luz de la verdad*, que manifiesta los engaños y cautelas de unos papeles volantes que va distribuyendo el enemigo por el Principado de Cataluña. En 4.º sin lugar ni año.

todavía de peores y mas funestas consecuencias para la monarquía española que la insurrección de los catalanes, á saber: la rebelión de Portugal, la proclamación de su independencia, y tras ella la desmembración de aquel reino de la corona de Castilla. La manera cómo se fué preparando este acontecimiento nos confirma en la observación que hicimos al comenzar el anterior capítulo; que las revoluciones de los pueblos, por mas que á veces parezca estallar de repente y coger de improviso, nunca se verifican sin que causas mas ó menos antiguas las hayan ido preparando, y que rara es la que no podria evitarse, porque casi todas pueden y deben preverse.

Antiguo era el disgusto, tan antiguo como la conquista de aquel reino hecha por Felipe II, con que los portugueses sobrelevaban la pérdida de su independencia, y su sumisión al cetro de los reyes de Castilla. Este disgusto y esta impaciencia, natural en un pueblo con razon orgulloso de haber sabido conquistar su independencia, de haberla conservado muchos siglos, y de haberse hecho con ella una grande y respetable potencia, solo hubiera podido templarse, y andando el tiempo desaparecer, si los monarcas castellanos y sus gobiernos hubieran sabido con la justicia, con la política, con la prudencia y con la dulzura, hacer del pueblo conquistado un pueblo amigo y hermano. Mas ya antes de ahora hemos visto que no fué este por desgracia el camino que nuestros reyes siguieron. Al fin Felipe II procuraba encubrir disimulada y artíficiosamente la opresión en que tenía á los portugueses, y la falta de cumplimiento de algunas de sus mas solemnes promesas. Felipe III habia mirado con cierto indolente desden y despego á Portugal: una sola vez estuvo en aquel reino, y valiera mas que no hubiera estado ninguna. La conducta de Felipe IV y del ministro Olivares, léjos de ser la que hubiera convenido para ir borrando las antiguas antipatías de pueblo á pueblo, lo fué muy á propósito para avivar cuanto mas para extinguir, los odios entre dos naciones, ambas soberbias y altivas, pero conquistadora la una, conquistada la otra, la una opresora y la otra oprimida. La obra de la unidad ibérica se habia hecho en lo material: la unidad moral, la unidad política, la unidad fraternal no se habia realizado, y cuando esta union no se realiza, fácil es de augurar el divorcio de dos pueblos.

Sobre las quejas generales que los portugueses tenían del gobierno de Castilla, como las exacciones y tributos con que se los sobrecargaba, la manera como se los exigian (1), el modo como eran repartidos los cargos del reino en castellanos, y no en los naturales como se les habia ofrecido, y otras semejantes, tenían además una que los habia resentido en extremo, á saber: la pretensión de que las córtes portuguesas fuesen unas con las de Castilla, convocando á estas cierto número de diputados portugueses de los tres brazos, contra los privilegios concedidos á aquel reino por Felipe II. Y para tratar de esto se habia llamado á Madrid á los nobles, prelados y caballeros

(1) Cuando los portugueses representaban sobre lo excesivo de los impuestos con que estaban recargados, solia responder el orgulloso ministro Olivares: *Las necesidades de un gran rey no se arreglan segun la miseria de los pueblos, y harta moderacion y prudencia se usa en pedir con decoro lo que podria exigirse por la fuerza*. Ya en un Memorial que se habia dado á Felipe IV en 1631, entre las causas del mal estado de la monarquía que en él se señalaban, se contaba tambien la gran suma de dinero que se sacaba de Portugal. «Sácuse (se decia) de aquel reino para Castilla mucha suma de ducados, y fuera de los muchos millones que montan los donativos, impuestos, derechos de la casa de Indias y Alfandega, medias anatas y otros servicios, se sacan tambien las rentas que están situadas para una armada que anda por todas aquellas costas y se alargue á los mares, y esto por asiento de los mercaderes que voluntarios impusieron sobre sus haciendas un tanto para este efecto. Sácuse tambien lo situado por cuatro galeras, que eran el remedio de las costas... Y todo esto que pudiera ser alivio de aquel reino y terror de los enemigos, ven que lo pagan, que lo padecen, y ello se desperdicia, porque dicen (y esto muy en público, así en esta corte como en Lisboa) que el Retiro lo consume todo, y embravécense los ánimos cuando discurren que lo pudiera ser honra y provecho, injustamente se defrauda á los protestos con que se concedieron los tales impuestos, y inútilmente se desperdicia al arbitrio de un hombre que en acabando su vida, se ha de acabar el día de su muerte la memoria de que fué, y de lo que hoy es; y sin el escrúpulo de temerario me atreveria á decir se darian los reinos por resarcidos de todos los daños como llegase pronto ese día.»—Biblioteca nacional, Sala de MM. SS. H. 72.

portugueses. Así de la opresión que sufrían como de todas las violaciones de sus fueros culpaban los de Portugal, mas que al rey, al ministro Olivares, por cuya mano sabían que se dirigía todo. Á su vez el ministro para tenerlos sujetos habia encomendado los negocios de Portugal á dos hombres, aduladores suyos, pero aborrecidos de los naturales; hombres de no escaso talento, pero de genio y costumbres correspondientes á las de su protector. Tales eran Miguel de Vasconcellos y Diego Suarez, hermanos políticos y secretarios de Estado de Portugal, con residencia el uno en Madrid y el otro en Lisboa (1). Orgullosos é insolentes ambos, como el ministro que los habia elevado y que los protegía, si el de Olivares en España tenia supeditado al rey don Felipe y era mas soberano que su monarca, los otros en Portugal tenían esclavizada á la reina doña Margarita de Saboya, duquesa viuda de Mantua, y eran los verdaderos vireyes. Con despotismo mandaba Vasconcellos en Lisboa como Olivares en Madrid, y las respuestas del secretario portugués no eran menos desabridas y altivas que las del ministro castellano. Como el arzobispo de Braga le preguntase un día con qué autoridad habia castigado con las mas atroces y degradantes penas á un hombre por una leve falta, *Con la misma, le respondió, con que mandaré á su ilustrísima que vaya á residir á su diócesis, si se mete á criticar con demasiada libertad mis acciones*.

Era el pueblo portugués demasiado altivo para dejarse abatir y humillar impunemente por aquellos tres soberbios personajes, que así violaban sus fueros como explotaban en provecho propio sus haciendas y fortunas. Ya en 1637, no pudiendo reprimir el aborrecimiento con que los miraba, y so pretexto de una nueva contribucion que se les impuso, alborotáronse muchos lugares de los Algarbes; en Evora y otras ciudades hubo graves desórdenes, y observábanse síntomas de un levantamiento general. Pero aquellos tumultos se sesegaron (2), y mas adelante el consejo de Castilla y las córtes de Madrid de 1638, servilmente sometidas al rey, otorgaron grandes mercedes al conde-duque de Olivares, así por el socorro que habia dado á Fuenterrabía como por haber ahogado el levantamiento de Portugal y conservado su union con Castilla. Hizose con esto mas audaz el primer ministro de Felipe IV, y no solamente impuso á aquel reino un excesivo tributo en castigo de la rebelión, sino que quiso reducirle á una provincia de Castilla, á cuyo efecto convocó á Madrid los tres arzobispos, de Lisboa, Evora y Braga, y á otros ilustres personajes, y arrestó á varios de los que á ello se negaron, ó de los que con entereza le respondieron. Veían los portugueses amenazado el resto de libertad que les quedaba, y preparábanse para defenderla y sostenerla. Suarez y Vasconcellos, á cuya perspicacia, que la tenían, no se ocultaban las disposiciones de sus compatriotas, avisaban de ello al conde-duque, y aun designaban al duque de Braganza como quien vendría á ser la cabeza del movimiento. Aconsejábanle, por lo tanto, que estando rebelada Cataluña y aparejándose un ejército para invadirla, era una excelente ocasión para enviar allá tropas portuguesas, juntamente con los grandes y nobles del reino, y de esta suerte dejar á Portugal sin fuerzas y sin apoyo. Parecióle bien el pensamiento al conde-duque, é inmediatamente ordenó á la vireina que hiciera poner las tropas en marcha, y escribió á los grandes, y entre ellos al de Braganza,

(1) El padre del Vasconcellos habia sido perseguido por la justicia y condenado á no tener ninguno de su familia oficios de república hasta la cuarta generacion, á causa de ciertos arbitrios con que parece engañó á los portugueses, y por último fué asesinado. Privado de recursos el Miguel en su juventud, acertó á casar con una hermana de Diego Suarez, y unidos los dos discurrieron remediar sus miserias y mejorar de fortuna, trayendo á Madrid los apuntes y borradores de aquellos arbitrios que tan caros habian costado al padre de Vasconcellos. Estaban á la sazón en boga en Madrid los arbitristas, y lo mismo que habia acarreado antes la ruina al padre en Portugal sirvió al hijo y á su cuñado en la corte de Castilla para introducirse con el conde-duque é irse encumbrando con su favor hasta los mas altos puestos de la monarquía.

(2) Cuando en Madrid se supieron los primeros movimientos de aquellas alteraciones se escribió de parte de Felipe IV al pontífice pidiéndole pusiera remedio á aquello con censuras y breves: Su Santidad se excusó bajo pretextos frívulos, y se le volvió á escribir para ver de persuadirle. MS. de la Biblioteca nacional.

que se preparasen á pasar á Cataluña, so pena de confiscacion de sus bienes y de otros castigos. Indignáronse con esto la nobleza y el pueblo portugués: rebosaban todos los corazones en ira; manifestábase esta en todas las conversaciones; los sacerdotes desde los altares y púlpitos predicaban contra el gobierno opresor de Madrid, y prescribían al pueblo rezos y plegarias para que Dios los librara de él.

Hallábanse, pues, como lo expresa un autor coetáneo, «la nobleza mas que nunca oprimida y desestimada, cargada la plebe, quejosa la Iglesia,» y las miradas de todos se fijaban en el duque de Braganza como en la persona á quien competía ser su libertador, siendo como era el sucesor mas inmediato al trono que habia quedado de la antigua dinastía real portuguesa.

Como nieto que era el duque de Braganza de la infanta doña Catalina, que disputó á Felipe II los derechos al trono portugués (3), nadie en efecto los tenía mayores y mas legítimos á ceñir la corona de Portugal en el caso de recobrar el reino su antigua independencia. Su padre el duque Teodosio le habia legado el odio á los castellanos; pero el carácter del hijo, pacífico, templado, y aun indolente, mas dado á los placeres y diversiones que á los negocios, aunque apto, capaz y entendido para manejarlos si se dedicara á ellos, le hacían poco á propósito para jefe de una revolución, que exige en el que ha de ponerse á la cabeza ambición, audacia y actividad. Mas lo que á él le faltaba de estas condiciones sobrábale á la duquesa su esposa, doña Luisa de Guzman, hermana del duque de Medinasidonia, la cual no dejó de instigar á su marido é inducirle á salir de su indiferencia, y á no desaprovechar la ocasión de recobrar la antigua grandeza y poderío de su casa. Ayudóla á ello, y fué el alma de la conspiracion un cierto Pinto Riveyro, mayordomo de la casa, hombre muy para el caso, por su osadía, su astucia y su disimulo. Como el duque se hallaba retirado en su hacienda de Villaviciosa, dedicado al parecer solamente al ejercicio de la caza y á otros pasatiempos, la conjuración se hubiera llevado adelante sin que se apercibiese ni sospechase la menor cosa la corte de Madrid, á no ser por la sagacidad de Vasconcellos y Suarez, los cuales dieron conocimiento al ministro de los síntomas que advertían y del peligro que bajo aquellas apariencias se ocultaba.

Los medios que el de Olivares ideó para ocurrir á aquel peligro fueron tan desacertados como lo eran generalmente todos sus arbitrios. Con el fin de sacar al de Braganza de Portugal ofrecióle primeramente el gobierno de Milan. Excusóse el portugués con su delicada salud y su falta de conocimientos en los negocios de Italia. Escribióle, pues, el de Olivares que estando el rey don Felipe para hacer jornada á Aragon con motivo de la rebelión de Cataluña, y queriendo ir rodeado de sus nobles de Castilla y de Portugal para decoro y honra de su persona, era justo que le acompañase al frente de la nobleza portuguesa, á cuyo efecto le esperaba en Madrid. Conoció sin duda el de Braganza el artificio, y expuso que la escasez de sus rentas (y eran por cierto muy pingües) no le permitía presentarse con el decoro correspondiente á su clase y nacimiento. Esta no muy disimulada negativa puso ya en cuidado á la corte; y cuando todo el mundo esperaba alguna medida eficaz y severa, causó general sorpresa el rumbo que dió al negocio el de Olivares.

Y era ciertamente para sorprender la órden que envió al de Braganza, dándole amplia autorización para que visitase las costas de Portugal, que decia estar amenazadas de franceses, y guarneciese y pusiese en estado de defensa las plazas. Esta comision, que sobre ser de confianza, equivalia á poner en manos del portugués las fuerzas y las ciudades principales, y era como abrirle las puertas del reino, suponían los mas avisados que llevaba envuelta una segunda y secreta intencion. Y así era la verdad, porque al mismo tiempo se envió órden reservada á don Lope de Osorio, que mandaba las galeras de España, para que cuando supiese hallarse el príncipe en algun

(3) Sobre la competencia entre Felipe II y la duquesa de Braganza acerca de sus derechos á la corona del reino lusitano, y sobre la mayor ó menor legitimidad de los de cada uno, véase lo que dijimos en nuestro capítulo 16 del libro II, parte III. Reinado de Felipe II.

puerto, fuese allá, le convidase á entrar en su bajel, y le retuviese prisionero. Pero fallóle al conde-duque este indigno y siempre extraño expediente, lo primero porque una tempestad impidió á la flota de Osorio acercarse á las costas, y lo segundo porque ya el príncipe, á quien hizo cauteloso lo desmedido de la confianza, supo acompañarse de personas que merecían bien la suya.

Frustrado este ardid de su inicua política, intentó el ministro adormecer á su oculto enemigo con la lisonja y el halago, escribiéndole tan afectuosamente como si fuese su mas íntimo amigo, y poniendo á su disposición hasta cuarenta mil ducados para que pudiera levantar tropas. Insigne indiscreción y torpeza la del de Olivares; pues si bien en secreto prevenía á los gobernadores españoles que si se les presentaba ocasión favorable le prendiesen y enviasen á España, esto era una alevosía que no curaba los riesgos de la imprudencia. Obcecado andaba también Vasconcellos con la seguridad, mas extraña en él que en otro, que mostraba en aquel caso: y con razón se manifestaban atónitos así la vireina de Portugal como las personas de Madrid y de Lisboa fieles al rey, que observaban tan peregrina conducta. Lo que sucedió fué que el de Braganza, mas discreto ó astuto, fingió dejarse engañar para burlar mejor á quien con tales trazas buscaba cómo engañarle. De contado puso en las plazas gobernadores de su confianza; las visitó despues, acompañado de gente valerosa y resuelta; con el dinero que recibió se hizo nuevos partidarios y amigos; recorrió todo el reino con aparato y magnificencia casi real; acudían de todas partes á verle y saludarle, y Lisboa le recibió con poco menos pompa que á un soberano. El rey de España, que sabía el designio secreto que en esto se había propuesto su ministro, le tenía por el político mas profundo del mundo, y compadecía á los que le criticaban y murmuraban. Entre tanto el de Braganza, grandemente ayudado de Pinto Riveyro, hacia á mansalva su negocio, preparando á los nobles, al clero, á los comerciantes, labradores y artesanos, hablando á cada cual en su lenguaje, y ponderándole los males que les hacia sufrir el gobierno opresor de Castilla y las ventajas que reportarían de recobrar su libertad, no necesitando de hacer grandes esfuerzos para persuadir á unas gentes que estaban hartos predispuestas á dejarse convencer y arrastrar.

Creció el desconfío de nuestra corte al ver al de Braganza, cuando se le suponía mas satisfecho del mando retirarse otra vez voluntariamente á su hacienda de Villaviciosa, y enviar al ejército de Cataluña todos los soldados portugueses que le habían pedido. Desvaneciéronse en Madrid los temores de los recelosos, que era cabalmente lo que él se proponía y buscaba. Pero quedaba en Lisboa Pinto Riveyro trabajando por él con inteligencia y maestría. El 12 de octubre (1640) se juntaron en el jardín de don Antonio de Almada muchos nobles portugueses, y entre ellos el arzobispo de Lisboa don Rodrigo de Acuña. Este prelado, que se hallaba resentido de la vireina porque había preferido á otro para la silla arzobispal de Braga, que es la primada de aquel reino, pronunció un vigoroso discurso, ponderando las injusticias, las vejaciones y tiranías que estaban sufriendo del gobierno de España. Cada cual despues enumeró las tropelías de que era ó había sido víctima, excitó el furor de la reunion la medida de hacerlos ir á Cataluña, y quedó resuelto recurrir á las armas para sacudir el insoportable yugo de los castellanos (1).

Divididos estaban sobre la forma de gobierno que deberían darse. Querían algunos erigirse en república federativa al modo de la de Holanda. Preferían otros la monarquía, pero andaban discordes sobre la persona en cuyas manos habían de poner el cetro, proponiendo unos al de Braganza, otros al de Aveyro, y otros al de Villareal. El arzobispo, afecto á la casa de Braganza, les representó que no era posible librarse de la dominación de España, sino restituyendo la corona de Portugal á quien por derecho dinástico le pertenecía; y que por otra parte el duque de Braganza era ya el hombre mas poderoso del reino, digno además por su dulzura, su bondad y su prudencia. Adhirieronse todos al fin á la proposición del

(1) Passarello, *Bellum Lusitanum, ejusque regni separatio*, lib. I.—Seyner, Historia del Levantamiento de Portugal, lib. II, cap. 4.º al 7.º

prelado, y no se disolvió la junta sin señalar los dias en que deberían reunirse para acordar los medios de asegurar el éxito de la empresa. Apresuróse Pinto Riveyro á informar reservadamente al príncipe de esta resolución, aconsejándole que fuera á Lisboa para dar con su presencia aliento á los conjurados. Mostróse por algun tiempo el de Braganza irresoluto, vacilante y como remiso en aceptar el trono que le ofrecían: él hizo de modo que le rogaran é instaran, y á las diferentes comisiones que con este objeto se le presentaron no daba nunca una respuesta categórica; fuese verdadero amor á la vida tranquila y retirada á que se había acostumbrado, fuese timidez de carácter ó política profunda, dejábase solicitar, y ni concedía, ni negaba, ni desanimaba, ni daba calor al plan de su proclamación.

Fuese la verdadera causa de esta conducta la que quisiera, sacó al duque y á los conjurados de este embarazo la duquesa su esposa, mujer de tanta travesura como talento, de tan noble ambición como de habilidad y viveza para los grandes negocios. *¿Qué vale mas?* le dijo un dia: *¿morir con una corona ó vivir en un retiro arrastrando toda la vida las cadenas? La muerte te espera en Madrid, acaso tambien en Lisboa; pero en la corte de Castilla morirás como un miserable, mientras en la de Portugal podrás morir cubierto de gloria y como rey. Depon, pues, todo temor, y no vaciles en el partido que debes tomar.* En efecto, ya no vaciló mas el duque; don Pedro Mendoza llevó la noticia de su resolución á los conjurados; y ocupáronse ya estos en concertar el tiempo y el modo de dar el golpe, entendiéndose para todo con el príncipe por medio de Pinto. Cosa admirable fué, que entre tantos como sabían ya lo que se tramaba en el tiempo que medió hasta su ejecución, hombres y mujeres de alta y de baja clase, nadie reveló el secreto, que es el mejor testimonio de que la conspiración era popular. Algo sospechó Vasconcellos, y algo se barruntaba en la corte de Madrid; por lo cual se ordenó al de Braganza que viniese inmediatamente, porque el rey deseaba que le instruyera personalmente y de palabra de la disposición y estado de las tropas y de las plazas de Portugal. El príncipe por consejo de su esposa contestó que se preparaba á venir, y para persuadirlo mejor envió un gentil-hombre de su confianza, el cual comenzó por alquilar una gran casa, amueblarla con magnificencia, admitir buen número de criados, vestirlos con ricas libreas, y hacer otros gastos y preparativos semejantes. Mas á pesar de todo la corte andaba ya muy recelosa, y otra orden apremiante del rey mandando presentar al duque hizo necesario apresurar el golpe en Portugal. Todo estaba ya preparado (2).

A las ocho de la mañana del 1.º de diciembre (1640) salieron los conjurados de los puntos en que se habían reunido, y se encaminaron armados al palacio de Lisboa. Un pistoletazo disparado por Pinto Riveyro fué la señal para atacar la guardia castellana y alemana, al grito de *¡Libertad, libertad!* *¡Viva don Juan IV rey de Portugal!* Un sacerdote iba delante llevando en una mano un crucifijo, en la otra una espada, animando al pueblo con voz terrible y dándole ejemplo de intrepidez y valor. Así fué acometida la guardia castellana que ocupaba el fuerte, quedando arrollada despues de alguna resistencia. Ninguna opuso la alemana, porque fué enteramente sorprendida. Mientras el venerable don Miguel de Almeida corria por todas partes arengando al pueblo, que le correspondía entusiasmado, Pinto Riveyro al frente de su bando penetró en palacio en busca de Vasconcellos. Salía de su cuarto el teniente corregidor de Lisboa: *¡Viva el duque de Braganza, nuestro rey!* le gritaron los conjurados.—*¡Viva Felipe IV, rey de España y de Portugal!* contestó el magistrado, y al acabar estas palabras un tiro de pistola le

(2) El historiador de este levantamiento fray Antonio Seyner, religioso agustino, nos informa de cómo los de la Junta acordaron con algunos padres de la Compañía de Jesús que estos indujesen al pueblo á que tan pronto como los caballeros apellidaran libertad acudieran todos á palacio con sus armas á sostener la revolución: cuenta la parte que en el levantamiento tomaron los jesuitas de Lisboa, y refiere como la adhesión de todo el Rio Janeiro se debió á las trazas del provincial de la Compañía en el Brasil.—Seyner, Historia del Levantamiento de Portugal, libro II, caps. 3, 4 y 5.

quitó la voz y la vida. A don Antonio Correa, á quien encontraron despues, primer comisionado de Vasconcellos, le dieron algunas puñaladas y le dejaron por muerto tendido en el suelo. El capitán español Diego Garcés, que estaba á la puerta del aposento del ministro, echó mano á la espada para detenerlos, pero acometido por todos hubo de arrojarle por la ventana, y salvó la vida, aunque quebrantándose una pierna. Entraron los conjurados en la cámara de Vasconcellos, y aquel hombre que un momento antes había blasonado de que imitaría el valor y la serenidad de César, fué hallado escondido en una alacena; descubrióse una criada; Tello le tiró un pistoletazo, y los demás le atravesaron con sus espadas. Su cadáver fué arrojado por el balcón á la plaza de palacio á los gritos de: *El tirano ha muerto. ¡Viva la libertad!* *¡Viva don Juan IV, rey de Portugal!* (1)

El pueblo, que en tales casos goza y se recrea con los espectáculos sangrientos, entretúvose por espacio de dos dias en hacer objeto de sus brutales diversiones el cuerpo de aquel soberbio ministro que pocos momentos antes traía sujeto y hacia temblar á todo Portugal. No hay afrenta ni escarnio imaginable que no se ejecutara con él en medio de la mas horrible algazara; hasta que Pinto con hipócrita piedad mandó llevarle á la iglesia para darle sepultura, envuelto en un paño viejo que al efecto compraron los hermanos de la Misericordia. El fin trágico y miserable que tuvo Vasconcellos es una de las muchas lecciones con que á cada paso está enseñando la historia á los hombres que ejercen autoridad y ocupan los altos puestos de un Estado, cuán expuestos están á ser víctimas de la venganza pública, cuando en vez de gobernar con justicia y con moderación se ensoberbecen y ciegan con el poder, y tiranizan y esclavizan los pueblos.

Otros en tanto habían ido á la cámara de la vireina, la cual se hallaba acompañada de sus damas y del arzobispo de Braga. Esta señora, mas valerosa que Vasconcellos, cuando vió que forzaban ya su misma puerta se presentó á los conjurados y procuró aplacarlos diciendo, que pues el ministro á quien aborrecían como la causa de sus males había sido ya sacrificado á la venganza del pueblo, debían quietarse, y ella les prometía el perdón si cesando el tumulto volvían á la obediencia del rey. Respondióle á esto don Antonio de Meneses, que tantos varones principales no se habían levantado para quitar la vida á un miserable, que debió perderla por mano del verdugo, sino para poner en la cabeza del duque de Braganza la corona que de derecho le pertenecía. Invocó otra vez la vireina la autoridad del monarca español, y replicóle Almeida que Portugal no reconocía mas rey que el duque de Braganza, gritando todos: *¡Viva don Juan, rey de Portugal!* Quiso todavía aquella señora salir de palacio para hablar al pueblo, pero impidióselo don Carlos Noronha, aconsejándola que no se expusiera á sufrir sus insultos.—*¿Qué puede hacerme á mí el pueblo?* preguntó la duquesa.—*Nada mas, señora, replicó Noronha, que arrojar á V. A. por la ventana.*

Hombre impetuoso y vehemente el arzobispo de Braga, que estaba á su lado, al oír tan descomedida respuesta arrancó la espada á uno de los conjurados, y Dios sabe lo que en su acoloramiento hubiera hecho, si Almeida no le detuviera y apartara, diciéndole que sobre ser aquel un arranque impropio de su dignidad exponía mucho su vida, porque el pueblo le aborrecía de muerte, y había estado en poco que los conjurados

(1) Seyner, Historia del Levantamiento de Portugal, lib. II.—Passarello, *Bellum Lusitanum*, libro I.

Hemos visto una relación manuscrita de los sucesos del 1.º de diciembre en Lisboa, en la cual se cuentan algunos curiosos pormenores de los que ocurrieron en aquel famoso acontecimiento. Refiérese, entre otras cosas, que el arzobispo de Lisboa se dirigió á palacio en procesión con toda la clerecía, excitando á todos á que gritaran: *¡Viva el rey don Juan!* y que al pasar por San Antonio se desclavó un brazo al crucifijo que en la mano llevaba, lo cual se cree fué cosa preparada por el mismo prelado para mover mas al pueblo, exclamando como exclamó: *¡Milagro, milagro! esta es obra de Dios, que quiere que tengamos rey. ¡Viva el rey don Juan!* —Tomo de MM. SS. de la Real Academia de la Historia, C. 35.—También Passarello hace mención de este hecho. Copiaremos solo las palabras del sumario. *Antistis Uliisipponensis solemnem instituit processionem, in qua verum aut fictum miraculum vulgus maxime movet.*

no le hubieran designado por víctima (2). Pero la vireina y el primado fueron retenidos, y los castellanos que había en Lisboa presos, mientras se sacaba de las cárceles á los reos de Estado, y en los consejos y tribunales se proclamaba al de Braganza rey de Portugal. Faltaba apoderarse de la ciudadela, de la cual eran dueños todavía los españoles, y sin la cual no podían decir los conjurados que dominaban la ciudad. A este fin presentaron á la vireina una orden mandando al gobernador que la entregara, y la forzaron á firmarla bajo la amenaza que de no hacerlo degollarían irremisiblemente todos los españoles residentes en Lisboa. Esperaba todavía la vireina que el gobernador comprendería que era un escrito arrancado por la violencia, pero se equivocó, porque el gobernador don Luis del Campo, ó por credulidad ó por falta de valor, cumplió la orden rindiendo la fortaleza á los conjurados (3). Los demás fuertes se fueron rindiendo, por igual engaño unos, otros por cobardía, y alguno, doloroso es decirlo, por cohecho.

Quedó pues triunfante la conspiración en menos de tres horas: este breve plazo bastó para consumir una de las mas grandes revoluciones que pueden hacerse en un pueblo, lo cual no se realiza sino cuando hay justicia en el fondo de la causa, y cuando la opinión pública está muy preparada y madura. Nombrose al arzobispo de Lisboa presidente del Consejo y teniente general hasta que llegara el nuevo rey, y diósele por consejeros á don Miguel de Almeida, don Pedro Mendoza y don Antonio de Almada, principales agentes de la revolución. Abiertas las puertas de la cámara del Consejo á petición de la multitud, se desplegó el estandarte real, y se paseó por calles y plazas, proclamando el pueblo entero ébrio de alegría, *¡Libertad, viva nuestro rey don Juan IV!* Aquella misma tarde despachó el arzobispo correos á todas partes con órdenes para que se proclamara rey de Portugal al duque de Braganza con el nombre de don Juan IV, y al clero y magistrados para que hiciesen procesiones públicas dando gracias á Dios por haberlos librado de la tiranía de los castellanos (4).

Lisboa se dedicó á preparar el recibimiento solemne á su nuevo monarca. Intimóse á la vireina que desocupara el palacio. Al trasladarse aquella señora al alojamiento que le destinaron, que era un convento extramuros de la ciudad, rodeada de sus damas, y acompañada del arzobispo de Braga, que no quiso desampararla nunca, atravesó la ciudad con tan majestuoso continente, que á pesar de agolparse en toda la carrera una inmensa muchedumbre, todo el mundo la miraba con respeto, y nadie se atrevió á dirigirla un solo insulto (5). A buscar al nuevo soberano en su retiro de Villaviciosa marcharon Mendoza y Melo, y el arzobispo no cesaba además de despacharle correos para que apresurase su ida. Caminaba ya el duque lentamente hácia la corte, pero en el llano de Montemor tomó una posta y se dirigió á Aldea Gallega. Desde allí en una humilde barca de pescadores atravesó el Tajo, llegó de incógnito á la plaza del palacio real de Lisboa, y pasando por entre una multitud de gentes sin que nadie le conociera, se entró en la casa de la Compañía de Indias, magnífico depósito y almacén de riquezas en otro tiempo, entonces desamparada y pobre. Hizo esto el de Braganza por

(2) Y era la verdad que en las juntas que se tuvieron en casa de Pinto habían propuesto algunos que el arzobispo sufriera la misma suerte que Vasconcellos, si bien se desistió por las razones y consideraciones que expuso Almada.

(3) Seyner, lib. I, cap. 11.—De tal manera le acosaron despues el pesar y los remordimientos ó de su flaqueza ó de su error, que el infeliz Campo llegó á perder la razón, y vino á morir desgraciadamente en el hospital de dementes de Toledo.

(4) Al dia siguiente se hicieron varias prisiones de ministros de Castilla y de otros empleados que ocupaban altos puestos. Ya antes se había preso al marqués de la Puebla, á don Diego de Cárdenas y al conde Brineto.—Seyner, libro III.—Relaçao política das mais particulares accioes do conde-duque de Olivares, traducido por Rodrigo Cabral. Lisboa, 1711.—Historia de la conjuración de Portugal en 1640. Amsterdam, 1689.

(5) Despues de estar algun tiempo como prisionera en Lisboa fué traída á Castilla, acompañándola los gobernadores y la nobleza de las ciudades hasta la frontera con mucho acatamiento. Por eso solía decir aquella señora, que los portugueses aun en sus enojos sabían ser atentos y galantes con las damas.